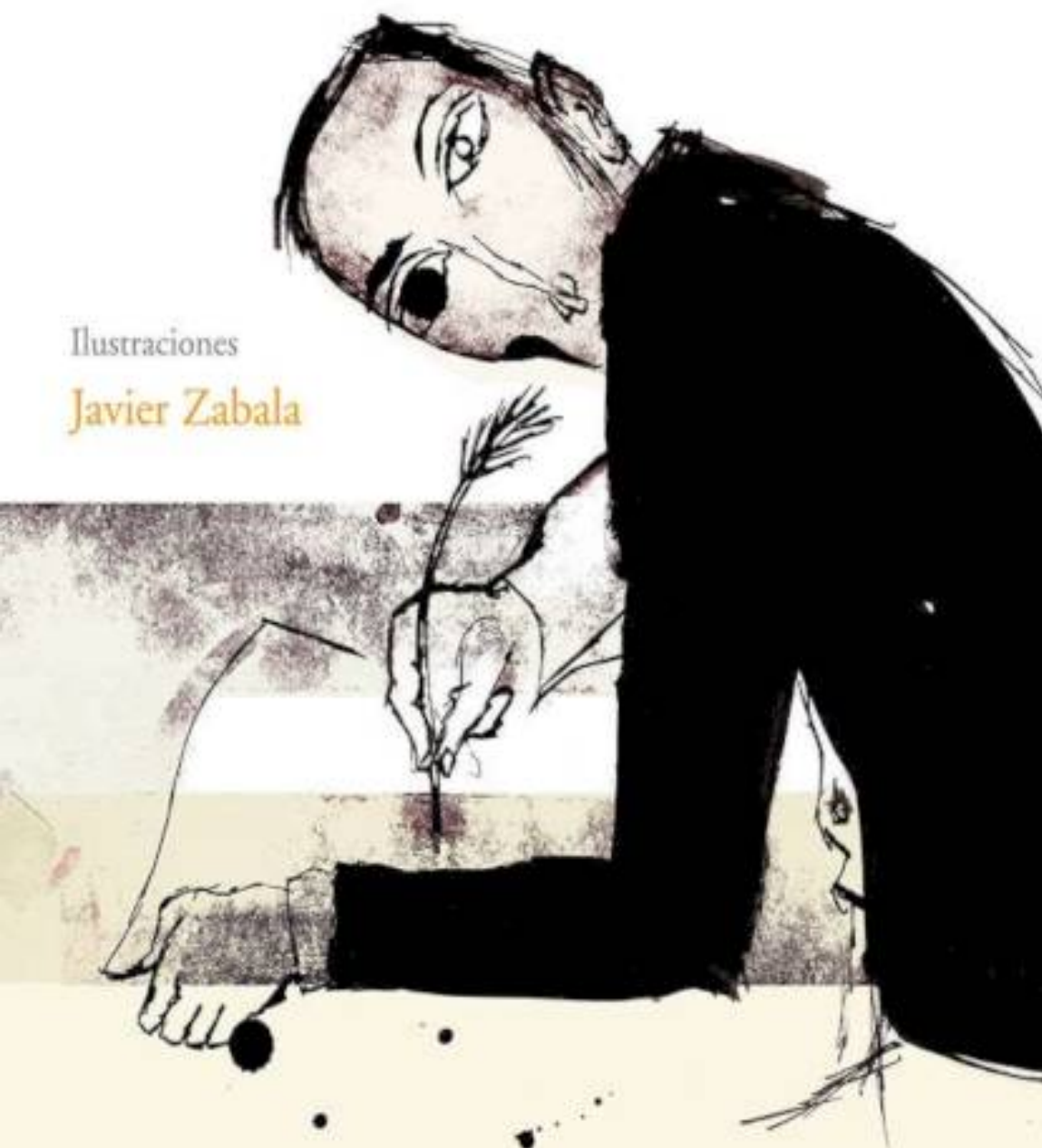


Herman Melville

**BARTLEBY,**  
**EL ESCRIBIENTE**

Ilustraciones

**Javier Zabala**



*Bartleby, el escribiente* es una de las narraciones más originales y conmovedoras de la historia de la literatura. Melville escribió este relato a mediados del siglo XIX, pero por él no parece haber pasado el tiempo. Nos cuenta la historia de un peculiar copista que trabaja en una oficina de Wall Street. Un día, de repente, deja de escribir amparándose en su famosa fórmula: «Preferiría no hacerlo».

Nadie sabe de dónde viene este escribiente, prefiere no decirlo, y su futuro es incierto pues prefiere no hacer nada que altere su situación. El abogado, que es el narrador, no sabe cómo actuar ante esta rebeldía, pero al mismo tiempo se siente atraído por tan misteriosa actitud. Su compasión hacia el escribiente, un empleado que no cumple ninguna de sus órdenes, hace de este personaje un ser tan extraño como el propio Bartleby. El libro está ilustrado por Javier Zabala, Premio Nacional de Ilustración 2005.



Soy un hombre de edad relativamente avanzada. Durante los últimos treinta años, por la naturaleza de mi profesión, he mantenido contacto más que frecuente con lo que podría parecer un tipo de hombres interesante aunque extraño, sobre los cuales, que yo sepa, no se ha escrito nada

nunca; me refiero a los copistas de leyes o amanuenses. He conocido a muchos de ellos profesional y personalmente y, si quisiera, podría relatar historias dispares, ante las cuales los caballeros de natural bondadosos podrían sonreír, y las almas propensas a la sensiblería derramar lágrimas amargas. Pero prescindiré de las biografías de todos los otros escribientes a cambio de unos pocos pasajes de la vida de Bartleby, que fue el amanuense más extraño que haya visto o del que haya oído hablar jamás. Mientras que sobre los otros copistas de leyes podría escribir toda su vida, sobre Bartleby no podría hacer nada parecido. Creo que no existe material alguno para escribir una biografía completa y satisfactoria sobre este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby fue uno de esos seres de quien no se puede asegurar nada a no ser por fuentes primarias, que en este caso son muy escasas. Lo que mis propios y atónitos ojos vieron de Bartleby es todo lo que sé de él, excepto, en efecto, un vago rumor que aparecerá en el apéndice final.

Antes de presentar a este amanuense tal y como apareció ante mí la primera vez, resultaría conveniente que hiciera alguna mención sobre mi persona, sobre mis empleados y mi negocio, sobre el bufete y aledaños en general, ya que tal descripción puede resultar imprescindible para comprender adecuadamente al gran personaje del que voy a hablar.

*In primis,*<sup>[1]</sup> soy un hombre a quien desde su juventud le ha invadido una profunda convicción, la de que la mejor forma de vida es la más sencilla. Por eso, aunque pertenezco a una profesión que ha sido de siempre muy activa y excitante, llegando incluso a cundir el pánico en ocasiones, no obstante, yo no había vivido nunca nada parecido; nada que pudiera invadir mi tranquilidad. Yo soy uno de esos abogados en absoluto ambiciosos, de esos que nunca se dirigen a un jurado o que, en modo alguno, provocan un elogio público, sino que en la serena tranquilidad de una

cómoda guarida, saco adelante un cómodo negocio entre préstamos, hipotecas y títulos de propiedad de gente rica. Todos los que me conocen me consideran un hombre excepcionalmente sensato. El difunto John Jacob Astor,<sup>[2]</sup> un personaje poco dado al entusiasmo poético, no dudó en decir que mi primera y gran cualidad era la prudencia, y la segunda el método. No lo digo por vanidad; tan sólo quiero dejar constancia de que si no me quedé sin empleo en el ámbito de mi profesión fue gracias al difunto John Jacob Astor, nombre, lo admito, que me encanta repetir, pues tiene una musicalidad redondeada y orbicular que suena a lingotes de oro y plata. Me tomaré la libertad de añadir que la buena opinión del difunto John Jacob Astor no me resultaba indiferente.



En la etapa anterior al momento en que comienza esta breve historia, mi trabajo se había visto incrementado notablemente. Me habían asignado la antigua oficina, inexistente ahora en el estado de Nueva York, del Secretario del Tribunal de la Equidad.<sup>[3]</sup> No era una oficina muy difícil de llevar, pero sí muy bien y gratamente remunerada. Yo me sul-

furo en contadas ocasiones y en menos, incluso, me permito cóleras violentas ante injusticias o escándalos; pero ahora me van a permitir que muestre cierta impetuosidad y que proclame que la repentina y violenta supresión de la Oficina del Secretario del Tribunal de la Equidad, con la adopción de la nueva Constitución, fue en mi opinión un... decreto prematuro, en tanto en cuanto yo había contado con el usufructo de las ganancias para toda la vida y tan sólo me pude beneficiar durante unos pocos años —muy pocos—. Pero ese es otro asunto.



La oficina estaba situada en una planta superior en el n.º... de Wall Street. Por uno de los lados lindaba con el muro blanco interior de un enorme hueco que atravesaba el edificio de arriba a abajo a modo de tragaluz. Este paisaje se podría considerar soso más que otra cosa, insuficiente para lo que los pintores llaman «natural». No obstante, si

por ahí era así, desde el otro extremo de la oficina la vista ofrecía como mínimo contraste, si no algo más. En aquella dirección las ventanas contaban con una vista panorámica a un majestuoso muro de ladrillo, negro por los años y por la sombra sempiterna; muro que no exigía el uso de lentes para poner de manifiesto su latente belleza sino que, para beneficio de todos los espectadores miopes, se elevaba unos tres metros por encima de mi ventana. Debido a la gran altura de los edificios colindantes y a que mis oficinas estaban en un segundo piso, el espacio que quedaba entre este muro y el mío se asemejaba, y no poco, a una gran cisterna cuadrada.





Justo antes de la llegada de Bartleby, tenía trabajando para mí a dos personas como copistas y a un prometedor muchacho como botones. El primero era Turkey, el segundo Nippers y el tercero Ginger Nut. Podrían parecer apellidos, aunque no de los que se encuentran normalmente en los registros. En realidad eran apodosos que se ponían los

tres empleados entre sí y que se suponían representativos de sus respectivas naturalezas o personalidades.<sup>[4]</sup> Turkey era un caballero inglés, bajo y barrigón, de mi edad aproximadamente; esto es, alrededor de los sesenta. Se podría decir que por la mañana su cara tenía una tonalidad sana y rubicunda, pero después de las doce en punto del mediodía, su hora de la comida, se iluminaba igual que una chimenea llena de carbón de navidad; y ese resplandor se mantenía, aunque menguando —de manera gradual—, hasta las seis en punto de la tarde más o menos, hora a la cual se dejaba de ver al propietario de esa cara, quien igual que alcanzaba su cenit con el sol parecía ponerse con él para, al día siguiente, volver a elevarse, alcanzar su apogeo y decaer con la misma regularidad e incólume esplendor. A lo largo de mi vida me he topado con muchas y extrañas coincidencias, y no fue precisamente una de las más insignificantes esta: que cuando Turkey lucía la más brillante de sus sonrisas en su colorado y radiante rostro, sólo entonces, en ese instante crítico, era cuando comenzaba la fase diaria en la que yo consideraba que su capacidad profesional quedaba seriamente perturbada para el resto de la jornada. No es que se quedara totalmente parado o se mostrara reacio a trabajar, ni mucho menos. La dificultad residía en que generalmente tendía a albergar demasiada energía. A su alrededor podía sentirse un extraño ímpetu, una actividad excitante, aturullada y desenfrenada. Introducía la pluma en el bote de tinta de manera poco cuidadosa. Después de las doce en punto del mediodía era cuando echaba todos los borrones en los documentos. De hecho, además de mostrarse impetuoso y lamentablemente propenso a hacer borrones por la tarde, algunos días iba más allá y se volvía bastante escandaloso. En ese momento también, su rostro ardía con crecida ostentación, como si hulla y antracita se hubieran aglomerado. Hacía ruidos desagradables con la silla y derramaba la salvadera; cuando arreglaba sus estilográficas, desmontaba todas las piezas con impaciencia

y las tiraba al suelo con rabia repentina; se ponía de pie apoyándose en el escritorio y desparramaba, de un golpe, todos los papeles sin ninguna delicadeza; algo muy triste de contemplar tratándose de un hombre mayor como él. Sin embargo, como para mí se trataba de una persona de gran valor en muchos aspectos, que antes de las doce del mediodía en punto era al mismo tiempo el individuo más rápido y más constante, además de llevar a cabo una gran cantidad de trabajo con un estilo difícil de igualar, por todas estas razones, decidí pasar por alto sus excentricidades. Pero en realidad, en alguna ocasión, discutí con él. Esto lo hice, sin embargo, con mucha delicadeza, porque, aunque por la mañana era el más civilizado,... mejor dicho, el más afable y más respetuoso de todos los hombres, por la tarde, sin embargo, si le provocaban, era propenso a mostrarse algo lenguaraz; incluso un poco insolente. En ese momento, me puse a evaluar sus servicios de la mañana y decidí no prescindir de ellos; sin embargo, por otra parte me sentía incómodo por sus exaltados modos de la tarde; y como yo era un hombre de paz, no dispuesto a provocar réplicas impropias a causa de mis amonestaciones, se me ocurrió insinuarle muy amablemente un sábado por la tarde —los sábados siempre estaba peor— que quizá, como se estaba haciendo mayor, podía ser bueno que redujera sus deberes; en resumen, que no tenía que quedarse en la oficina después de las doce en punto, sino que era mejor que después de la comida se fuera a casa, a su habitación, y se tomara un descanso hasta la hora del té. Pero, no; él insistió en su lealtad vespertina. Su semblante se tornó intolerablemente arrebatado, mientras que me aseguraba elocuentemente, gesticulando desde el otro extremo de la habitación con una regla bastante larga, que si sus servicios por la mañana eran útiles, entonces ¿cuán indispensables eran por la tarde?

—Con permiso, señor —dijo Turkey en esta ocasión—, me considero su mano derecha. Por la mañana no hago

sino poner en orden mis columnas y desplegarlas; pero por la tarde ¡yo mismo me pongo a la cabeza y valerosamente cargo contra el enemigo, así! —y dio una estocada violenta con la regla.

—Pero, y esos borrones, Turkey —le insinué.

—Cierto, pero, con permiso, señor, ¡mire estos cabellos! Me estoy haciendo viejo. Seguro, señor, que un borrón o dos en una cálida tarde no es motivo para amonestar severamente a estas canas. La vejez, aunque emborrone alguna página, es digna de respeto. Con permiso, señor, los dos nos estamos haciendo viejos.

Era muy difícil resistirse a este llamamiento a mi sentimiento de camaradería. Y de todos modos, me di cuenta de que no se iba a marchar. Así que decidí permitirle que se quedara, con la determinación, no obstante, de asegurarme de que por las tardes trabajase con los documentos menos importantes.



Nippers, el segundo de la lista, era un joven barbudo, de color cetrino y, sobre todo, con bastante aspecto de filibustero. Tenía unos veinticinco años. Siempre le consideré

una víctima de dos poderes malignos: la ambición y la indigestión. La ambición se ponía de manifiesto por una cierta ansiedad ante los deberes de un simple copista, por una apropiación injustificable de asuntos estrictamente profesionales tales como la redacción manuscrita de documentos legales. La indigestión parecía presagiarse por cierta exasperación nerviosa y por una radiante irritabilidad, ambas esporádicas, que hacían que sus dientes rechinaran ostensiblemente ante cualquier error que cometiera en la transcripción; por palabrotas innecesarias, masculladas más que articuladas, en el acaloramiento profesional; o, en particular, por un descontento continuo con la altura del escritorio en el que trabajaba. Aunque tenía una escuadra mecánica muy ingeniosa, Nippers nunca consiguió que su escritorio se adaptara a él. Debajo de las patas ponía trocitos de madera, tacos de varios tipos, trozos de cartón y, por último, trataba de afinar lo más posible con unos trocitos de papel secante doblado, para conseguir un acabado perfecto. Pero ningún invento daba resultado. Si para calmar su espalda formaba con la tapa del escritorio un ángulo agudo bien alto pegado a su barbilla y escribía así, como un hombre que usa el techo inclinado de una casa holandesa como escritorio, entonces decía que se le cortaba la circulación de las manos. Si luego bajaba el escritorio a la altura de su pretina y se echaba encima para escribir, entonces aparecía ese dolor que dañaba su espalda. Resumiendo, lo cierto era que Nippers no sabía lo que quería. O, si quería algo, era deshacerse completamente del escritorio de escribiente. Entre las manifestaciones de su enfermiza ambición estaba la afición a recibir visitas de ciertos personajes de aspecto ambiguo, vestidos con desaliñados abrigos, a los que llamaba clientes. De hecho, yo era totalmente consciente de que a veces le tomaban por un político local; pero no sólo eso, sino también de que algunas veces hacía algún negocio por los tribunales de justicia y de que no era un desconocido en los accesos a las Tumbas.<sup>[5]</sup> Tengo bue-

nas razones para creer, no obstante, que un individuo que iba a visitarlo a mi oficina y que con aire grandilocuente insistía en que era cliente suyo, no era sino un acreedor tenaz, y aquel presunto título de propiedad, una factura. A pesar de todos estos defectos más las molestias que me ocasionaba, Nippers, al igual que su colega Turkey, era un hombre muy útil para mí. Escribía con rapidez y con mucho cuidado y, cuando quería, no le faltaba un comportamiento amable. Además, siempre vestía de una manera correcta y así, sin querer, proporcionaba notoriedad a mi oficina, mientras que con Turkey yo tenía muchos problemas para intentar que no resultase un oprobio para mí. A menudo llevaba lamparones de aceite en la ropa y olía a casa de comidas. En verano se ponía unos pantalones muy sueltos que además le hacían bolsas. Sus abrigos eran deplorables; su sombrero mejor ni mencionarlo. Pero si bien su sombrero era algo que me resultaba indiferente, pues su educación innata y su cortesía, como caballero inglés emigrante que era, siempre le llevaba a quitárselo justo cuando entraba en la habitación, su abrigo, no obstante, era otro tema. En relación a sus abrigos, estuve discutiendo con él pero sin resultado. Lo cierto era, supongo, que un hombre con unos ingresos tan reducidos no se podía permitir lucir a la vez una cara y un abrigo relucientes. A Turkey, tal y como señaló Nippers una vez, el dinero se le iba principalmente en tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey uno de mis abrigos, uno que tenía buen aspecto; un abrigo gris de fieltro, de lo más cálido y cómodo, con botones de arriba a abajo, de la cabeza a los pies. Pensé que Turkey agradecería el favor y que aplacaría sus maneras arrebatadas y sus modos escandalosos de las tardes. Pero no fue así. Creo, en realidad, que ponerle un abrigo tan suave y tan parecido a una capa, abotonado de arriba a abajo, tuvo en él un efecto pernicioso, si hacemos caso de la máxima que dice que demasiada avena es mala para los caballos. De hecho, igual que se dice que el caballo intranquilo, con mucha

avena se muestra engréido, lo mismo le pasó a Turkey con el abrigo; fue como una reacción. Le hizo ponerse impertinente. Era un hombre a quien la prosperidad perjudicaba.

A pesar de que yo tenía mis teorías personales en cuanto a los hábitos autocomplacientes de Turkey, en lo tocante a Nippers, no obstante, estaba convencido de que fueran cuales fueran sus defectos en otros aspectos, él era al menos un joven comedido. Aunque, ciertamente, la propia naturaleza parecía haber sido su vinatera y al nacer ya le dotó muy a conciencia con el temperamento áspero del coñac; tanto que ya no era necesaria ninguna otra bebida. Cuando pienso cómo, en medio de la tranquilidad de la oficina, Nippers algunas veces se levantaba impacientemente y se echaba encima de la mesa, extendiendo sus brazos todo lo ancho que alcanzaban, y agarraba el escritorio, moviéndolo y sacudiéndolo contra el suelo con un movimiento brusco y enérgico, como si la mesa fuese un corrupto representante de la beneficencia, resuelto a golpearlo y a derrotarlo, entonces, veo con perfecta claridad que para Nippers el coñac era algo totalmente superfluo.

Fue una suerte para mí que, por ese motivo en particular, la indigestión, la irritabilidad y el consiguiente nerviosismo de Nippers resultaran evidentes por la mañana principalmente, mientras que por la tarde, en comparación, se mostraba afable. De tal manera que como los accesos violentos de Turkey sobrevenían sobre las doce en punto, nunca tuve que enfrentarme a ambas excentricidades a la vez. Sus ataques, como los guardias, se relevaban el uno al otro. Cuando Nippers estaba de servicio, Turkey no lo estaba y viceversa. Este era un arreglo bueno y natural a la vista de las circunstancias.